

esos, parecen ser los caminos de conocimiento y de expresión que persigue la novela contemporánea: los de aproximarse al hombre inmerso en problemas insospechados, caso chapotenando en un mundo cuyos sacerdotes inician ceremonias misteriosas cada vez más complejas, inextricables, a sabiendas de que el denodado empeño por alcanzar un 'algo' está irremisiblemente perdido.

Estas reflexiones sobre la diversidad temática, las digresiones y la forma poética externa intentarían, al momento, señalar indicios *neobarrocos* en la narrativa de Ernesto Sábato, y la pretensión de asegurar que la concurrencia de dos actitudes, la eterna clásica y una visión contemporánea del existir del hombre, se engarzan en la novela *Sobre héroes y tumbas*, con la intención religiosa de hacernos re-leer nuestra propia conciencia.

Al respecto del título de esta parte —«Los seres atormentados y melancólicos de *Sobre héroes y tumbas*»— hubo discusión íntima por los términos «desesperanzados» o «atormentados». Haber decidido el empleo de este último obedece a que incide en la significación de 'angustia' y porque en la novela predomina una intención esperanzada... no importa que ésta sea la del encuentro con el infierno mismo. La enunciación de 'seres melancólicos' se rige por la presencia, en los personajes, de una profunda e inalterable tristeza que conduce al ensimismamiento, rellano para la angustia metafísica que podría aproximar al verdadero sentido de búsqueda de la infinitud.

«Nunca tenemos la verdad absoluta» parece que fuera la temática universal de la novela *Sobre héroes y tumbas* y ello es lo que promueve la tormenta y la melancolía de sus personajes en búsqueda de resolver su propio enigma y encontrar su destino. Entreverados en esa temática pueden observarse los rasgos neobarrocos preanunciados.

Las historias de Alejandra, Martín, Fernando Vidal y Bruno Bassán son las historias de seres atormentados y melancólicos.

Alejandra es un alma injuriada desde épocas arcanas; se ha buscado a sí misma desde la niñez y, enmascarada, busca salida a su insondable angustia comunicándose con Martín; pero ello no representa su salvación momentánea.

Alejandra es hija de Fernando Vidal y de Georgina Olmos, primos entre sí. Cobra repulsión por la madre, a quien da por muerta. Epiléptica —todo el trazo sintomático lo da el autor—, es presa de torturas indecibles. En la reconditez de toda la obra está el incesto que se revela como un acorde trágico. La única salida está en dar muerte a su padre y buscar ella la purificación por el fuego; pero más allá de la purificación por el fuego está, para ella misma, su incomprensible amor por Martín, porque cuando éste, después de la catástrofe, va a

los muros renegridos y cenizas del Mirador, aún cree oír una voz que clama: ¡Martín!, como evidencia de que no ha alcanzado la paz, y como símbolo de la resistencia de la voluntad humana para la aceptación del destino, aún más allá de la muerte.

En el pensamiento de Martín está el trazo de Alejandra.

Apagá esa luz —dijo ella.

Martín la apagó y volvió a sentarse a su lado.

—Martín —dijo Alejandra con voz apagada—, estoy muy, muy cansada, quisiera dormir, pero no te vayás. Podés dormir aquí, a mi lado.

El se quitó los zapatos y se acostó al lado de Alejandra. Sos un santo —dijo ella, acurrucándose a su lado.

Martín sintió cómo de pronto ella se dormía, mientras él trataba de ordenar el caos de su espíritu. Pero era un vértigo tan incoherente, los razonamientos resultaban siempre tan contradictorios que, poco a poco, fue invadido por un sopor invencible y por la sensación dulcísima (a pesar de todo) de estar al lado de la mujer que amaba.

Pero algo le impidió dormir, y poco a poco fue angustiándose. Como si el príncipe —pensaba—, después de recorrer vastas y solitarias regiones, se encontrase por fin frente a la gruta donde ella duerme vigilada por el dragón. Y como si, para colmo, advirtiese que el dragón no vigila a su lado amenazante como lo imaginamos en los mitos infantiles, sino, lo que era más angustioso, dentro de ella misma: como si fuera una princesa dragón, un indiscernible monstruo, casto y llameante a la vez, candoroso y repelente al mismo tiempo: como si una purísima niña vestida de comunión tuviese pesadillas de reptil o de murciélago [123-124].

Martín es la elección de Alejandra para sosiego de ella. Rechazado por su propia madre, con repulsa hacia su padre, Martín es un solitario. De la contemplación de la estatua de Ceres —lo apolíneo y sereno— en su soledad, va al encuentro de Alejandra —lo dionisiaco y demoníaco— para sumergirse después en las interrogantes más tortuosas como lo serán la incógnita de Alejandra y la búsqueda de Dios. Martín es el símbolo de la desolación y de lo melancólico en el amor, y también un elegido para la meditación.

Alejandra permanecía invisible y Martín se refugiaba en su trabajo y en la compañía de Bruno. Fueron tiempos de tristeza meditativa; todavía no habían llegado los días de caótica y tenebrosa tristeza. Parecía el ánimo adecuado a aquel otoño de Buenos Aires, otoño no sólo de hojas secas y de cielos grises y de lloviznas, sino también de desconcierto, de neblinoso descontento.

... ..

Y Martín, que se sentía solo, se interrogaba sobre todo: sobre

la vida y la muerte, sobre el amor y el absoluto, sobre su país, sobre el destino del hombre en general. Pero ninguna de estas reflexiones era pura, sino que inevitablemente se hacía sobre palabras y recuerdos de Alejandra, alrededor de sus ojos grisverdosos, sobre el fondo de su expresión rencorosa y contradictoria [195].

Sus desencuentros con Alejandra, su soledad, sus interrogantes sólo encontrarán un mínimo de reposo al contemplar la inmensidad en la Patagonia, huyendo de la catástrofe provocada por Alejandra; allí:

... sintió que una paz purísima entraba por primera vez en su alma atormentada [505].

El cielo era transparente y duro como un diamante negro. A la luz de las estrellas, la llanura se extendía hacia la inmensidad desconocida.

y será sólo un mínimo de reposo, porque, con el tiempo, volverá a la par de Bruno para, en forma circular, mantener el contrapunto de la zozobra y el ansia de un «mundo limpio, frío, cristalino».

La simetría poética de Martín y Alejandra reivindica el eterno tema del amor migratorio, y en el cual la felicidad, fugitiva, sufraga su paso con la nostalgia y la muerte.

Fernando Vidal es también un personaje acuciado por la búsqueda de su particular verdad: la obsesiva acerca de los ciegos y la de su orden espiritual: el encuentro de su castigo por el incesto con Alejandra. Fernando es el eje del mito contemporáneo esenciado en Edipo, y el símbolo nihilista y desconcertante del mundo actual. Prometeo de fuerzas desencadenadas, también representaría un reto a la razón dominadora en actitud rebelde y demoníaca, uno de

... los negros monstruos que tenían el derecho a sentarse a la derecha de Satanás... [412].

A través de Fernando Vidal, Ernesto Sábato rescata el espíritu conturbado, alienado. La fuerza destructora de este personaje es producto de su angustiada esencia y de la circunstancia del pecado. Tiresias conoce la verdad porque es ciego. Edipo encuentra él mismo su castigo y, a través de ese castigo, la verdad.

Fernando, en una pesadilla espantosa, fruto de su condición paranoica, dentro de un aparente estado dormido, sufraga el pecado de su incesto, para después alcanzar un sentido premonitorio que lo conducirá al castigo y a la muerte.

Hundido en el barro, con el corazón latiendo agitadamente en medio de aquella inmundicia que me envolvía, con mis ojos hacia